

su solitaria, vagabunda y soñadora niñez, á su estudiosa y retirada adolescencia, á la horrible desgracia que le privó de su padre, dejándole en la orfandad y el desamparo, justamente en los años en que el corazón es más sensible, y en que el alma tiene más necesidad de emociones tiernas.

¿Cómo en aquella gran desventura le hubiera sido grato el comercio con las gentes, frívolo por lo común, indiferente á las grandes desgracias y en demasía vulgar? También creía Pacotillas que, por haber sido tan buenas las personas á quienes había amado, se inclinaba á ver con desdén á los demás.

Su padre, el mejor de los hombres; Amalia, la más generosa y mejor de las mujeres, le habían sugerido un ideal muy alto de los seres que merecen amor; y como los demás perdían mucho en el cotejo, el joven no podía remediar sentir por ellas un despego, en que había mucho de despreciativo.

No se crea que él no se hubiera esforzado mucho en corregir aquellos defectos, cuya trascendencia no se escondía á su entendimiento perspicaz. No pocas veces se había propuesto ir á diversiones, frecuentar distintos círculos sociales, y en fin, rozarse con las gentes, para ver si se embotaba y encallecía su quisquillosa y exagerada sensibilidad; mas los ensayos salieron siempre contraproducentes, pues en vez de hacerle más sociable, le aficionaban más al aislamiento.

Cabalmente uno de estos ensayos fué acceder á la invitación que le hizo el Chango, para que tratara al General López y escribiera en el periódico. Hizo el pro-

pósito firme de dominarse, de disimular sus repugnancias, de ser amable, tolerante y complaciente; y ya se ha visto que sus genialidades pudieron más que su resolución.

El mismo mal resultado tuvieron siempre sus proyectos de sociabilidad, había consentido varias veces en ir á baile; y, por más que se hubiera propuesto hacer lo que todos, brincar, conversar, cortejar á las muchachas, divertirse, nunca lo había conseguido; sino que salía de la fiesta más aburrido que entraba, y jurando no concurrir á otra.

Le faltaba mucho para ser buen bailaror, pero la idea que tenía formada de su torpeza, era mayor que su torpeza misma; y el temor de ponerse en ridículo, ó de aburrir ó molestar á su compañera le retraían de bailar, y cuando por casualidad se resolvía á hacerlo le agobiaba otra dificultad mayor que la de hacer piruetas: platicar con su compañera.

Es más difícil de lo que parece, entretener con discreta conversación á una jovencita, á quien no conocemos, que va al baile en pos de solaz y esparcimiento, y tiene derecho á esperar que su compañero la distraiga, halague ó divierta. No todos los hombres conocen el arte de hablar sin decir nada en sustancia, á que se reducen estas conversaciones.

¿Qué decirle, pues, y cómo decírselo? ¿Cómo conjeturar lo que la agrada? ¿Cómo saber lo que puede distraerla? ¿Cómo dar, en fin, con el secreto de satisfacer agradablemente la vivacidad de aquella criaturita, que, con sus inquietas miradas y graciosos mohínes, parece pedir á

nuestra conversación algo colorido, brillante y hermoso, propio de su casi infantil espíritu?

No son, por cierto, los hombres de mucho saber, ni de inteligencia sólida, los más á propósito para salir airosos de la delicada comisión de saciar con temas festivos, ligeros, galanos y chispeantes, la ávida curiosidad de una compañera de baile.

En tales casos Pacotillas resumía así los inconvenientes de la situación, mas sin atinar con el modo de superarlos: callar es desairado, hablar por hablar es necio, galantear puede ser impertinente. El no era de mala figura, y por lo general caía en gracia á las muchachas; mas creía lo contrario, y el temor de parecer desmañado y torpe le turbaba, haciéndole cometer verdaderas torpezas.

Temía no saber pedir la pieza con suficiente despejo, ni poder cumplir las prolijas y nimias obligaciones del que baila, tales como cuidar el vestido de la compañera, y estar pronto á remediar el desperfecto que ocurriera en el tocado y adornos. ¡Cómo envidiaba en tales casos el desembarazo de sus compañeros, y lo bien que entendían en aquellas pequeñeces!

Estas ideas le asaltaban en tropel las pocas veces que iba á baile, incomodándole y turbándole mucho; creía que todos se burlaban de él, le parecía ridículo y vano cuanto le rodeaba, sentíase fuera de su centro y acababa por malhumorarse y salirse fastidiado, renegando de la gente y de sus vulgares pasatiempos.

Desde que hacía vida común con Amalia se había retraído mucho más, y era natural: al lado de ella encontraba satisfacciones que en vano había buscado en

otra parte, y como la índole de sus amores le impedía presentarse en público con ella, se veía obligado á aislarse más de la sociedad; y si, en efecto, vivía en una intimidad grata á su corazón, se perjudicaba mucho en sus intereses y se hacía más desdeñoso y huraño con los demás.

Por otra parte, todos sus conocidos sabían sus vínculos amorosos, y, como sucede en tales casos, fuera de los amigos íntimos, enterados de la verdad, el público se formaba de aquellas relaciones los conceptos más erróneos, y, en su mayor parte, desfavorables al joven. Cual le calificaba de divagado y mal entretenido, quien aseguraba que la muchacha había sido seducida y arrancada á su familia por Pacotillas, y no faltaba quien, so capa de favorecerle, sostuviera que Amalia era una aventurera que había sorbido el seso al estudiante. En resolución, todos le tenían por hombre al agua, y al declararlo perdido, jamás dejaban de agregar el estribillo de costumbre: ¡qué lástima!

Transcurrían los primeros días de Octubre, el nuevo Congreso se había instalado, el General López ocupaba su curul perpetua, los ambiciosos planes del Changuito adelantaban día á día, ya se codeaba con los próceres y se había hecho indispensable en varias casas ricas.

En esos días, el cielo de México tuvo la humorada de estar, no despejado y luminoso como los horizontes y las esperanzas del Chango, sino encapotado, opaco, melancólico y triste como el alma desilusionada de Pacotillas.

Sufríamos uno de esos temporales que los vecinos de

esta buena ciudad llaman el cordonazo de San Francisco. Con leves interrupciones había caído, durante tres días de un nublado sin interrupción, una lluvia pesada, monótona y fastidiosa; el suelo estaba negro, el cielo blanco y un vientecillo norte arrasaba la ciudad con su frío hálito. Las calles estaban intransitables, un lodo pegajoso y baido por los transeuntes, cubría el piso; aquí y allá se formaban charcos de agua turbia, que, removidos por las cabalgaduras, por las ruedas de los coches ó de los grandes y pesados carros, salpicaban la ropa de los transeuntes desapercibidos.

En esos días melancólicos el frío de la miseria había arreciado terriblemente en el hogar de Pacotillas. No tenía el pobre más recurso que coger una prenda de ropa, liarla de modo que abultara lo menos posible y tomar el camino del empeño con el cieno en los pies, la humillación en el alma, el rubor en la cara y, no pocas veces, el llanto en los ojos. Entraba al primer empeño: los estantes estaban repletos de apiñadas y multicoloras prendas, y el local henchido de gente tan necesitada como él, pero vestida al menos de un modo más en armonía con su pobreza. Entraba furtivamente, como si fuera á acometer un hurto; le flaqueaban las piernas, le ardía la cara, le zumbaban los oídos, le parecía que los miserables que estaban en aquel sitio se codeaban y cuchicheaban, burlándose de la pobreza vergonzante de él, más ridícula y puesta más en relieve por la raída levita negra y el maltratado sombrero alto.

Tendía humildemente el brazo sobre el mostrador; se precipitaba á coger el lío un gachupín mocetón, de cha-

queta de dril, corbata colorada, cara rubicunda, orejas grandes y cabello cortado al rape, el cual desliaba rápidamente el bulto, levantaba en alto la prenda, suspendiéndola con ambas manos, la mirada á lo largo, á lo ancho, al través, y luego decía con recia voz y agachupinado acento: ¡Una peseta!

Otras veces la prenda no gustaba, el mocetón la enrollaba con gran presteza y la devolvía desdeñosamente; el avergonzado Paco salía entonces corrido y cabizbajo en busca de empeñeros menos exigentes, y así solía llegar hasta la calle del León.

Regresaba con presurosos pasos, enlodándose hasta el tobillo y sintiendo en los pies la frialdad del agua que le entraba por los agujereados botines. Llegaba á la pobre casa, se dirigía á su miserable cuarto; de pie en la puerta le esperaba Amalia, le dirigía una mirada llena de ternura y piedad, y con tono cariñoso le decía: ¡Pobrecito!

Si la peseta rendía, y había quien quisiera traerlos, llegaban los efectos necesarios para la frugal comida, que la propia Amalia preparaba, ayudada por el joven, quien le soplabá la lumbre, le alargaba agua ó desempeñaba menesteres parecidos; decíanse sendos ¡pobrecito! ¡pobrecita! y cuando estaban de buen humor se chancaban.

La más triste eventualidad era, que no hubiera en la gran vecindad ningún muchacho que quisiera hacer el mandado, y eso pasó en los despiadados días del cordonazo. ¿Qué hacer entonces? Duro era el caso, pero inevitable: el joven, lleno de resignación, se resolvía á ir por

el mandado, Amalia intervenía: No vayas tú, mi vida, ¿cómo vas? ¿cómo has de ir? Yendo, le contestaba el otro, y procurando bromear, decía, fingiendo buen humor, que era un emigrado del 93, un príncipe disfrazado, un gran personaje perseguido, y que así guardaba mejor el incógnito; y, casi luchando con Amalia, se iba y quedaba consumado el sacrificio.

Quiso Dios que levantara el tiempo, que el cielo se limpiara, que luciera el sol, pareciendo tanto más hermoso cuanto más tiempo había estado escondido. ¡Ojalá que así hubiera cambiado de aspecto la suerte de aquellos pobres amantes! pero nada, la pobreza seguía angustiándoles, lo mismo que en los días lluviosos.

Puntualmente el segundo día de buen tiempo, cerca de las doce, recorría Paco su doloroso vía crucis, de estación en estación, ó sea de empeño en empeño. Ese día había sido desgraciado como nunca, ni en Verdeja, ni en la Lagunilla, ni en la Estampa de la Misericordia, le habían querido prestar, y tuvo que alargar sus pasos hasta la calle del León.

Las calles estaban ya secas, aunque todavía quedaban algunos charcos de lodo espeso y negro. El prestamista del León se dignó, al fin, proporcionar la peseta; ya salía Paco, doblando el boleto, cuando vió venir al Chango, lujosamente vestido; llevaba un traje negro, nuevecito, de fino paño é irreprochable corte, calzaba elegantes botines de charol, rematados por aguda y encorvada punta; el chaleco, muy abierto, dejaba ver la blanquísima pechera, y lucía una gruesa cadena de oro. El Chango iba de prisa, empuñando una caña de Indias, y dándose mucha

importancia, pues iba á comer con un prócer que vivía en la calle del Factor.

Pacotillas hubiera dado la negra peseta, que, con tanta pena, había conseguido, por no tropezar con aquel fatuo; pero no había remedio, tenían que encontrarse, y que cruzar por la misma banqueteta. Pacotillas juró no ceder la acera á aquel sinvergüenza. Encontráronse, pues, el Chango dirigió á su pobre camarada una mirada llena de protector desdén, y le dijo con el tono de un gran señor que saluda á un lacayo:

— ¡Adiós, Pacotillas!

Este, con mayor desdén aún, y haciendo un gesto, como si dijera un insulto ó escupiera, contestó:

— ¡Adiós, Chango!

Y se cruzaron. Al Chango le ardió el mote, y todavía le zumbaba en los oídos, cuando oyó un ruido estrepitoso, y sintió en la cara una rociada de gotas frescas, pegajosas y de mal olor.

Había pasado un carro pesadísimo, y la enorme rueda, cayendo de súbito en un gran bache, que junto á la banqueteta había, salpicó de inmundo lodo al malaventurado Chango, á quien cayeron los asquerosos pringues en el traje, echándole á perder la camisa, y dejándole incapaz é impresentable.

— ¡Bruto! — dijo el Chango al carretero, queriendo comérselo con los ojos, y amenazándolo con la frágil caña.

— *Adiós del roto*, pues limpiéase con la lengua, — contestó éste, azotando á sus mulas y riéndose á carcajadas.

El Chango contempló con angustiados ojos los estragos

de su flamante traje, acabadito de estrenar, y olvidando que estaba en la calle exclamó en voz alta:

— ¡Qué diablura! ya no puedo ir á la comida; me ha hecho ojo ese maldito Pacotillas; — y luego pensó: — Es un *jetattore*, tiene la desgracia, y la comunica á los que encuentra al paso.

CAPÍTULO XVIII

La novia del Chango

Impulsada por mansos vientos, bogaba en azulados y quietos mares la afortunada nave del Changuito. A principios de Noviembre era ya nada menos que secretario particular del Ministro, puesto que le daba mucha importancia, le proporcionaba grandes ganancias, y le permitía meter las narices, y hasta las manos, en los muchos y cuantiosos negocios que despachaba la correspondiente Secretaría de Estado.

Habíale caído muy en gracia á su Excelencia desde aquel banquete, que tan tremenda indigestión de ideas causó á Pacotillas; el Ministro quedó encantado de la soltura del Chango, de su despejo, vivacidad y gracia, de lo bien que manejaba la pluma, y daba forma á la más informe idea. Dicho se está que el joven se esmeró en cultivar tan benévolas disposiciones, y no se daba punto de reposo para robustecer aquella simpatía que tan ricos frutos había de producirle.

El prócer comenzó por agregarle á la secretaría, y

como estaba cada vez más descontento del secretario, y más satisfecho del adjunto, no tardó mucho el día en que confió al Changuito el importante y confidencial cargo.

Hubo, por supuesto, que contar con el beneplácito del General López, padrino político, y, hasta allí, patrono principal del joven. El General accedió de buen grado, pues colocar una hechura suya en puesto semejante, era para él tanto como poner una pica en Flandes.

Hubo, pues, entre el General y su protegido, tiernas escenas de despedida y ardientes protestas de amistad; hubo, por parte del General, acaloradas felicitaciones para su protegido, con mucho de: « ¡Ya lo ve usted! ¿no se lo dije á usted? siempre me pareció usted un joven de muchísimo provecho. »

Hubo, por parte del Changuito, mucho de decir á López, que á él se lo debía todo, que en cualquiera parte estaría á las respetables órdenes del señor General, y que se dignara el señor General seguir viéndole como un partidario adicto y celoso, y como un servidor que, aunque inútil y humilde, había de ser infatigable.

Ascendido á superior dignidad dejó vacantes el puesto de redactor y el empleo de inspector de letreros, que heredó su amigo Torres, el cual seguía con entusiasmo las huellas del feliz Changuito. También renunció éste la pensión que como estudiante percibía, pues ya no quería seguir la larga y difícil carrera de los estudios, prefiriendo la florida, la fácil, la agradable que con tan feliz éxito recorría ya.

Instalóse en su nuevo cargo y comenzó á desempeñar